ENTRENANDO a los discípulos para entrenar

Sesión 3: ¿Qué es el discipulado? (2b)

Ofrecido por Ron Lively, M.Div., M.A. – BiblicalMentoring.org (Estudios)

Paso 1: Oración de apertura

Paso 2: Cada persona cita el versículo de la memoria: **Gálatas 2:20**

20 Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. (RV1960)

Paso 3: *Lee y discute el Capítulo de la Biblia -* ***Gálatas 2***

Paso 4: Preguntas para solicitudes personales y/o discusiones en grupo:

1. Puedo decir con el apóstol Pablo que he sido crucificado con Cristo, pero ¿cómo podemos yo y otros saber que ha habido una verdadera transformación?

2. ¿Aprender a contar la historia del autor sobre un accidente de avión? ¿Sobre vivir realmente muriendo para uno mismo?

3. ¿Has escuchado personalmente el llamado o mandato de Cristo de seguirle por fe en su expiación y redención?

4. ¿Has decidido obedecer a Cristo como Señor actuando para hacer discípulos que se vuelvan como Él? ¿Como tú?

5. ¿Estás de acuerdo y reafirmas la afirmación de Phillips I de que "sin reproducción no hay discipulado"? Si es así, comparte tu plan de acción con alguien que pueda orar para que Dios bendiga este plan.

Paso 5*: Lee y comenta el contenido del libro:*

Capítulo 2b según el autor – Keith Phillips:

Aunque el don de salvación de Dios satisface la necesidad más crucial del hombre, este argumento humanista y de hazlo por tu propio bien ignora por completo la razón última por la que Cristo murió en la cruz. Dios proporciona al hombre la salvación principalmente para traer gloria a sí mismo a través de personas que tienen el carácter de Su Hijo (Efesios 1:12). La gloria de Dios es más importante que el bienestar del hombre (Isaías 43:7). Nadie que entienda el propósito de la salvación se atrevería a especular que una persona podría ser salvada sin aceptar el Señorío de Cristo. Cristo no puede ser el Señor de mi vida si yo soy el Señor de mi vida. Para que Cristo tenga el control, tengo que morir. No puedo ser discípulo sin morir a mí mismo y identificarme con Cristo, que murió por mis pecados (Marcos 8:34). Un discípulo sigue a su Maestro, incluso hasta la cruz. Durante mucho tiempo, luché por comprender las implicaciones prácticas de la "muerte propia". ¿Cómo determinaría esto la renuncia a mí mismo en mi vida? Finalmente me registré mientras meditaba en Gálatas 2:20: "He sido crucificado con Cristo; y ya no soy yo quien vive, sino Cristo vive en mí..."

Supongamos que el 1 de enero estaba volando sobre Kansas cuando el avión explotó. Mi cuerpo cayó al suelo y morí en el impacto. Poco después, un granjero descubrió mi cadáver. No había pulso, ni latido, ni aliento. Mi cuerpo estaba frío. Obviamente, estaba muerto. Así que el granjero cavó una tumba. Pero cuando puso mi cuerpo en la tierra, ya estaba demasiado oscuro para cubrirlo. Decidió que terminaría por la mañana y regresó a casa. Entonces Cristo vino a mí y dijo: "Keith, estás muerto. Tu vida en la tierra se ha acabado. Pero te respiraré un aliento de nueva vida si prometes hacer lo que te pida y ir a donde te envíe." Mi reacción inmediata fue: "¡De ninguna manera! Eso es irrazonable. Es esclavitud." Pero entonces me di cuenta de que no estaba en una buena posición de negociación y rápidamente recobré la razón. Estuve totalmente de acuerdo. Al instante, mis pulmones, corazón y otros órganos vitales empezaron a funcionar de nuevo. Volví a la vida. ¡Nací de nuevo! Desde ese momento, no importaba lo que Cristo me pidiera hacer o a dónde me pidiera ir, estaba más que dispuesto. Ninguna tarea era demasiado difícil, ninguna hora demasiado larga, ningún lugar demasiado peligroso. Nada era irrazonable. ¿Por qué? Porque no tenía derecho a mi vida. Vivía en tiempo prestado, tiempo de Cristo. Keith murió el 1 de enero en un campo de maíz de Kansas. Entonces podría decir con Pablo: "He sido crucificado [he muerto] con Cristo; y ya no es [Keith] quien está vivo, sino Cristo [quien] vive en mí..." Eso es de lo que se trata la automuerte y el renacer. El mandamiento de Cristo de "Sígueme" es una orden para participar en Su muerte y experimentar una nueva vida. Te conviertes en un muerto viviente, totalmente comprometido con Él. Una gran paradoja de la vida es que hay una libertad tremenda en esta muerte. Un muerto ya no se preocupa por sus propios derechos, su independencia ni las opiniones ajenas. Cuando fue unido en una unión espiritual con Cristo crucificado, aquellas cosas tan valoradas por el mundo—riquezas, seguridad y estatus—fueron renunciadas. "Ahora los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gálatas 5:24). Un hombre que toma la cruz, crucificado con Cristo, no se preocupa por el mañana porque su futuro está en manos de otro. Un trabajador de la ciudad soñaba con establecer un audaz ministerio callejero. Pero cuando los milagros que esperaba no se materializaron, recurrió a la fantasía, distorsionando encuentros y creando eventos imaginarios, esperando estimular el respeto de los demás. Se volvió esclavo de sus visiones de grandeza, prisionero de sus propias expectativas. Su motivación subconsciente era ganarse el temor y la admiración del mundo cristiano realizando hazañas heroicas para el reino. Sus pasiones, sueños y visiones nunca fueron crucificados. Nunca se liberó de la presión de triunfar y producir. Nunca experimentó esa liberación que viene de no tener nada que demostrar, nada que perder. Tenía una percepción pervertida del discipulado. Quería servir a Dios para poder recibir gloria. En cambio, un muerto está liberado para hacer todas las cosas con gloria de Dios (Rom 8:10). Pone todo lo que es y todo lo que tiene a disposición permanente de Dios. Su sumisión al señorío de Cristo le capacita para agradar a Dios en cada decisión que toma, cada palabra que pronuncia y cada pensamiento que piensa. Un discípulo considera toda su vida y ministerio como adoración (1 Corintios 10:31).

La automuerte le libera para disfrutar de su amor con Dios. La automuerte es el precursor obligatorio para convertirse en discípulo. Cualquier persona que no haya experimentado la automuerte no puede calificarse como un vínculo legítimo en el proceso de discipulado porque no puede reproducirse. Jesús enseñó: "... a menos que un grano de trigo caiga en la tierra y muera, permanece solo; pero si muere, da mucho fruto" (Juan 12:24). Sin reproducción no hay discipulado.
(pp. 18b-20)

Paso 6: Termina compartiendo peticiones personales de oración y cada persona orando por las demás peticiones.

Fuente: La formación de un discípulo por el Dr. Keith Philips. Publicado por Fleming H. Revell Company, 1981. ISBN 0-8007-1181-5. Introducción de Robert E. Coleman. El contenido (excepto las preguntas de estudio) está extraído del libro sin revisiones.

Revisado 20261011